

Acabas de cumplir ochenta y dos años. Has encogido seis centímetros, no pesas más de cuarenta y cinco kilos y sigues siendo bella, elegante y deseable. Hace cincuenta y ocho años que vivimos juntos y te quiero más que nunca. De nuevo siento en mi pecho un vacío devorador que solo colma el calor de tu cuerpo abrazado al mío.

Tengo que repetirte estas pequeñas cosas antes de abordar los problemas que desde hace poco me atormentan. ¿Por qué estás tan poco presente en lo que he escrito si nuestra unión ha sido lo más importante de mi vida? ¿Por qué, en *El traidor*, presenté una imagen falsa de ti,

que te desfigura? Ese libro debía mostrar que mi compromiso contigo constituyó la inflexión decisiva que me ha permitido querer vivir. ¿Por qué, entonces, elude tratar la maravillosa historia de amor que comenzamos siete años atrás? ¿Por qué no conté lo que me fascinó de ti? ¿Por qué te describí como una criatura que inspiraba compasión, «que no conocía a nadie, no sabía una sola palabra de francés y se habría destruido sin mí», aun cuando tenías tu círculo de amigos, formabas parte de un grupo de teatro en Lausana y en Inglaterra te esperaba un hombre decidido a casarse contigo?

Realmente, no llevé a cabo en profundidad la exploración que me proponía al escribir *El traidor*. Aún tengo que entender y clarificar muchas cuestiones. Necesito reconstruir la historia de nuestro amor para captar todo su sentido.

Gracias a ella, somos lo que somos, uno por el otro y uno para el otro. Te escribo para comprender lo que he vivido, y lo que hemos vivido juntos.

El comienzo de nuestra historia fue maravilloso, casi como un flechazo. El día de nuestro primer encuentro estabas rodeada por tres hombres que pretendían hacerte jugar al póquer. Tenías una densa melena rojiza, la piel nacarada y esa voz aguda que caracteriza a las mujeres inglesas. Acababas de desembarcar de un barco procedente de Inglaterra, y esos tres hombres intentaban captar tu atención en un inglés bastante rudimentario. Destacabas sobre todos, intraduciblemente *witty*,^{*} hermosa como un sueño. Cuando se cruzaron nuestras miradas, pensé: «No

^{*} Ingeniosa. (*Todas las notas son de la editora.*)

tengo nada que hacer con ella». Luego supe que nuestro anfitrión te había prevenido en mi contra: «*He is an Austrian Jew. Totally devoid of interest*».*

Más tarde, me crucé contigo en la calle. Me fascinaron tus andares de bailarina. Después, una noche, por casualidad, te vi de lejos cuando salías del trabajo. Corrí para alcanzarte. Ibas deprisa. Había nevado. La llovizna hacía que tu cabello se ensortijara. Con poca convicción, te propuse ir a bailar. Simplemente, contestaste sí, *why not*.† Fue el 23 de octubre de 1947.

Mi inglés era torpe, pero aceptable. Se había enriquecido gracias a dos novelas norteamericanas que acababa de traducir para Ediciones Marguerat. Du-

* Es un judío austríaco, totalmente desprovisto de interés.

† ¿Por qué no?

rante nuestra primera cita, me di cuenta de que habías leído mucho, durante y después de la guerra: Virginia Woolf, George Eliot, Tolstói, Platón...

Hablamos de la política británica, de las diferentes corrientes en el seno del Partido Laborista. Sabías distinguir, desde el principio, lo esencial de lo accidental. Ante un problema complejo, la decisión oportuna te parecía siempre evidente. Tenías una confianza inquebrantable en la certeza de tus juicios. ¿De dónde sacabas tanta seguridad? Sin embargo, tus padres también estaban separados; los abandonaste pronto, uno después del otro; viviste sola durante los últimos años de la guerra junto a tu gato Tabby, con el que compartías tu racionamiento. Finalmente, te marchaste de tu país para explorar

otros mundos. ¿Qué interés podía tener para ti un *Austrian Jew* sin un céntimo?

No lo entendía. Ignoraba qué vínculos invisibles se tejían entre nosotros. No te gustaba hablar de tu pasado. Poco a poco, comprendería cuál era la experiencia fundadora que nos volvió tan cercanos de inmediato.

Nos volvimos a ver. Seguimos yendo a bailar. Vimos *El diablo en el cuerpo*, donde actuaba Gérard Philipe. En cierta secuencia, la heroína pide al sumiller que les cambie una botella de vino casi vacía, porque, según ella, huele a corcho. Tratamos de repetir esta estratagema en una sala de baile, y el sumiller, tras comprobarlo, impugnó nuestro diagnóstico. Ante nuestra insistencia, nos la cambió sin dejar de advertirnos:

«¡No volváis a poner vuestros pies aquí!». Me admiró tu sangre fría y tu

desparpajo. Me dije: «Estamos hechos para entendernos».

Al final de nuestra tercera o cuarta cita, por fin te besé.

No teníamos prisa. Te desnudé con cuidado. Y descubrí, por una maravillosa coincidencia entre lo real y lo imaginario, la encarnación de la Afrodita de Milos. El fulgor nacarado de tus pechos iluminaba tu rostro. Durante un largo rato contemplé, mudo, ese milagro de vigor y suavidad. Tú me enseñaste que el placer no es algo que se tome o se dé, sino una forma de darse y demandar la propia donación del otro. Nos entregamos mutuamente por completo.

Durante las semanas siguientes, nos vimos casi todas las noches. Compartiste conmigo el viejo catre desfondado

que me servía de cama. No tenía más de sesenta centímetros de ancho y dormíamos apretados uno contra el otro. Además del catre, mi habitación no contaba más que con una biblioteca hecha con tablas y ladrillos, una mesa inmensa atestada de papeles, una silla y una estufa eléctrica. Mi austeridad no te sorprendió. Tampoco me extrañó que lo aceptaras.

Antes de conocerte, nunca había pasado más de dos horas con una chica sin cansarme y hacérselo notar. Lo que me cautivaba de ti era que me hacías acceder a otro mundo que me encantaba. Podía evadirme en él, sin obligaciones ni pertenencias.

Contigo me sentía como si estuviera en otra parte, en un lugar extranjero, extraño a mí mismo. Me dabas acceso a una dimensión de alteridad suplementa-

ría, a mí, que siempre rechazé cualquier identidad, y fui acumulando identidades que no me pertenecían. Al hablaste en inglés, hacía mía tu lengua. Hasta hoy, he seguido dirigiéndome a ti en inglés, aunque tú me contestes en francés. El inglés, que conocía principalmente por ti y los libros, fue para mí, desde el principio, como una lengua privada que preservaba nuestra intimidad contra la irrupción de las normas sociales del entorno. Era como si contigo edificara un mundo protegido y protector.

Eso no habría sido posible si tú hubieses tenido un fuerte sentimiento de pertenencia nacional y de arraigo en la cultura británica, pero no era así. Respecto a todo lo *british*,* mantenías una distancia crítica que no excluía la complicidad con lo que te era familiar. Solía

* Británico.

decir que eras una *export only*,* es decir, uno de esos productos reservados para la exportación que no pueden encontrarse en la propia Gran Bretaña.

Nos apasionamos por el resultado de las elecciones inglesas, pero porque estaba en juego el futuro del socialismo, no el de Inglaterra. La peor injuria que se te podía infligir era atribuir al patriotismo tu adopción de un partido. Me lo volverías a demostrar mucho más tarde, durante la invasión de las Malvinas por el ejército argentino. A un ilustre invitado, que pretendía definir como patriotismo tu posición, le contestaste con aspereza que solo los imbéciles podían no percatarse de que Argentina emprendía esa guerra para redorar el blasón de una execrable dictadura militar fascista cuyo desmoronamiento había de precipitar, a

* Solamente para exportación.

fin de cuentas, la victoria de los británicos.

Pero me estoy adelantando. Durante esas primeras semanas me fascinaba tu libertad con respecto a tu cultura de origen, pero también su esencia tal y como te la transmitieron cuando eras pequeña. Esa firme actitud de tomarte a broma las adversidades más duras, el pudor que se travestía de humor y, muy especialmente, tus *nursery rhymes** ferozmente *non-sensical*† y sabiamente ritmadas. Por ejemplo: «*Three blind mice / See how they run / They all run after the farmer's wife / Who cut off their tails with a carving knife / Did you ever see such fun in your life / as three blind mice?*»‡

* Canciones de cuna.

† Sin sentido.

‡ Tres ratones ciegos / Mira cómo corren / Todos tras la esposa del granjero / Que les corta las colas